

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Conferencia

JORNADA DE ESTUDIO EN LA FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO DE MADRID ANTE LA XII ASAMBLEA
GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS 2008

La Palabra de Dios celebrada

5 de marzo de 2008

Estamos ya en el horizonte de un Sínodo de Obispos que tratará de "La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia". Quiera el Señor que sea un momento de gracia para todos nosotros, Iglesia del Señor que camina por este mundo iluminada por la luz de la Palabra de Dios, de la presencia del Verbo, Hijo del Padre eterno. Quisiera, pues, hacer una pregunta que nos sirva de guía para este tiempo previo a la celebración del Sínodo: **¿Tienen nuestros fieles laicos suficientes posibilidades de contacto con la Biblia, para una práctica personal de lectura, estudio, oración, meditación y contemplación de la Palabra de Dios?**

Falta, por supuesto, iniciación, no les hemos educado para ello. La riqueza de la Escritura no es disfrutada por la gran mayoría de los bautizados. El *panorama* debe cambiar necesariamente. Y aquí hemos de ayudarnos, no puede ir cada uno por su cuenta. Si queremos renovar nuestra Iglesia, nuestras catequesis, nuestra iniciación cristiana, nuestra Liturgia, nuestras parroquias, necesariamente hemos de conocer la Sagrada Escritura, porque desconocerla es desconocer a Cristo. Y no se trata sólo de cursos bíblicos que nos den un conocimiento de la Sagrada Escritura que nos permita saber unas cuantas cosas de la Biblia, como si únicamente se tratara de un texto de la antigüedad.

Hemos de aprovechar cuanto de bueno tenemos, dar a conocer las experiencias concretas que fun-

En las celebraciones se ha establecido, por esta razón, que haya lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas (cf. SC, 35). «*A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con más amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un periodo determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura*» (SC, 51). Ciertamente estas exhortaciones conciliares han cristalizado en esa Introducción General al Leccionario de la Misa, que conocemos en síntesis y del que ahora sólo haré unos subrayados, pues es un documento breve que se puede leer en pocos minutos. Terminaré con algún comentario pertinente a la Palabra de Dios en la celebración cristiana.

En el leccionario dominical y festivo (solemnidades y fiestas) se trata, por supuesto, de que, ante el mayor número de fieles reunidos para la celebración, se propongan «*aquellos pasajes bíblicos que constituyen la parte principal de la Palabra de Dios revelada, la cual debe ser escuchada por los fieles a lo largo de un trienio*» (n. 1) en las tres lecturas proclamadas, no simplemente leídas.

Que exista una lectura del Antiguo Testamento (profeta), una segunda del Nuevo (Cartas o Apocalipsis, según los diversos tiempos), y la tercera del Evangelio, por un lado, quiere manifestar la unidad de ambos Testamentos en la Historia de la salvación, a la que hemos aludido en la primera parte, cuyo centro es Cristo celebrado en su misterio pascual; y, por otro, responde a una antigua tradición, que también se observó en los ritos latinos más antiguos, que ahora podemos ver en el rito hispano renovado (profeta, apóstol y Evangelio). He visto, al leer el documento que nos ocupa, que los ciclos se llaman A, B y C con una intención: como si el ciclo A de lecturas hubiese comenzado a leerse en el primer año de la era cristiana, el ciclo B en el año 2 d. C. y el ciclo C en el año 3 de nuestra era. Lógicamente es una ficción, pero es bella y sugerente.

Las lecturas de domingos y fiestas contienen "unidad temática" y "lectura semicontinua". La primera se mantiene entre las lecturas de Adviento, Cuaresma y Pascua, los tiempos fuertes o que revisten características especiales. En los domingos del tiempo ordinario, la lectura del Antiguo Testamento se elige por su correspondencia con las del Nuevo, principalmente con el Evangelio; éste y la segunda lectura revisten la característica de lectura semicontinua.

dicho retorno. Y este principio es válido sin duda también para la reforma litúrgica y bíblica surgida del Vaticano II, y que creo que no se ha realizado en toda su amplitud.

Dios habla hoy en la celebración, de modo que la Biblia que en ella leemos no es sólo la historia del pueblo de Israel o de la comunidad cristiana, sino también y sobre todo forma y vehículo de la Palabra de Dios enunciada sin cesar en el ahora mismo. Leyendo la Escritura, se escucha la Palabra: así lo afirmaba Orígenes, para quien «*la Escritura se vuelve Palabra*». Es una precisa y preciosa expresión, pues la Palabra de Dios en la Tradición de la Iglesia se hace Escritura Santa; pero ésta, para que no sea letra muerta, ha de llegar al oyente como Palabra/Verbo de Dios. Este paso «*de escritura a palabra*» tiene lugar de modo privilegiado en la celebración, en la cual la repetición de palabras del pasado, de palabras escritas, se convierte en relectura constante de lo que Dios ha hecho y no cesa de hacer en medio de nosotros.

El principio hermenéutico de la Escritura es, pues, la existencia actual de la Iglesia. Es decir, no es el pasado de donde emerge la palabra; es la palabra actual la que hace emerger el sentido contemporáneo: es la Biblia leída en la actualidad del Espíritu Santo, en el ámbito de una comunidad creyente. En este caso, la revelación sólo puede tener sentido para hombres y mujeres que buscan interpretarse y saben que la palabra de Dios les indica lo que son y lo que deben ser.

Si esto es así, la Liturgia, celebración de la Palabra de Dios en nuestra vida concreta y según sus múltiples recursos, encuentra su fuente viva, no en los textos antiguos, por más cualificados que sean por una exégesis gramatical y literaria, sino en la existencia de la Iglesia como Pueblo de Dios y comunidad del Espíritu. El "hoy" de la Iglesia resultará ser el lugar de la Palabra, que después la teología tendrá la responsabilidad de escrutar y actualizar reflexivamente. Así nos encontramos con un Dios que habló una vez para siempre, pero presente en nuestra propia historia concreta, como consecuencia de su encarnación: Dios sigue presente en sus obras de creación y sigue en las palabras que reveló, que exhalan su buen olor.

En este contexto, los acontecimientos, que son la materia de la historia, quedan integrados, constituyen la misma economía de salvación: hay, pues, una dimensión histórica de la fe, y hay una significación litúrgica de los acontecimientos. es decir, de los hechos que, desbordando los fenómenos de la naturale-

Dios, que espera una respuesta de sus auditores, para establecer un diálogo vital. El diálogo vive del silencio. Es el soplo que busca, un instante de densidad. Es el amigo que calla para escuchar y abrir los labios impotentes para revelar el secreto de su corazón. Sólo el silencio permite medir la palabra del Otro. Siempre vivimos tentados de dejarnos llevar por la agitación y las prisas, por los susurros y las consideraciones.

De ahí que el renacimiento de la Palabra en nuestras liturgias sólo será auténtico si favorece que el silencio sea creado de nuevo, para responder a Jesucristo, Palabra Encarnada de Dios. Desde la encarnación del Verbo Jesucristo, en efecto, podemos entender el carácter eminentemente lingüístico de todo el amoroso vuelco de Dios hacia los hombres, y que se llame "Palabra", "Verbo", a Dios, no únicamente en cuanto vuelto a nosotros sino, con inefable metáfora, en su misma entraña (en cuanto "Segunda Persona"): «*La Palabra se hizo carne*». "Carne", "cuerpo humano", para nosotros va unido a "lenguaje", hecho físico y corporal. Casi se podría leer la cita de san Juan como «*la Palabra se hizo palabra*».

Hasta Jesucristo, en efecto, Dios no se había metido tanto en la palabra: hay palabras "desde arriba", pero sin faz humana. Quizá la palabra más profunda es entonces la negativa, el rechazo de Dios a decir su nombre —al modo de los "dioses"—: «*Yo soy el que soy*» o, literalmente, «*yo soy el Yo-soy*». Pero en Jesucristo, la vida misma de Dios, su "conservación interior", se hace "un hombre" y, por tanto, se atiene a hablar como hombre. Y de aquí que, sin embargo, la «*Palabra de Dios*» quede como en sordina, casi en insinuación, en «*comunicación indirecta*», aplicando una expresión de Søren Kierkegaard.

Jesucristo, eso sí, dice claramente que es Hijo de Dios Padre, pero esta expresión deja un margen de ambigüedad, necesario para vivir y convivir con Él. Pues si Jesucristo hubiera dicho entonces directamente —como decimos ahora en el Credo— que era «*Dios verdadero de Dios verdadero*», su boca humana hubiera ardido y sus discípulos (y su Madre incluso) habrían quedado aniquilados. La plena conciencia de la divinidad de Jesucristo sólo les pudo ser soportable a los suyos con posterioridad y en su ausencia: es decir, después de Pentecostés, con el Espíritu Paráclito. A partir de Pentecostés el lenguaje de la Palabra de Dios en la celebración, en la Liturgia, es una red de insinuaciones, de interpelaciones, de significaciones que establece una "relación" con un Dios presente y ausente paradójicamente; una red